

# ANOREXIA Y SANTIDAD EN SANTA CATALINA DE SIENA

Mario Antonio Reda

Istituto di Psicologia General e Clinica,  
Università degli Studi di Siena  
Via Tufi, 1 - 53100 - Siena (ITALIA)

*Some authors talk about «holy anorexy» referring to self-starvating females in the Middle Ages. This article gives an overview of the historical, social, religious and familiar context in which the anorectic syndrome of Caterina di Siena developed.*

*Key words: anorexia, starvation, Middle Ages, Caterina di Siena, historical context.*

---

## INTRODUCCIÓN

La anorexia nerviosa es una actitud que se puede diagnosticar en base a algunos elementos básicos:

- 1) inicio en la adolescencia,
- 2) falta de apetito acompañada por una evidente pérdida de peso,
- 3) actitud alterada y adversa respecto a la comida, a comer o al peso, que no tiene en cuenta el hambre, ni los reproches, ni los ánimos o las amenazas, por ejemplo: a) rechazo a reconocerse enfermo/a y de tener necesidad de comer; b) satisfacción evidente al perder peso mostrando claramente que el rechazo de la comida proporciona placer; c) deseo de tener un cuerpo extremadamente delgado, con la clara convicción de la gratificación que proporciona alcanzar y mantener este aspecto; d) anómala manipulación e ingesta de la comida.
- 4) al menos dos de las siguientes manifestaciones: a) amenorrea, b) lanugo (cabellos finos y suaves), c) bradicardia, d) períodos de hiperactividad, e) episodios de bulimia (hambre insaciable), f) vómitos (pueden ser autoprovocados) (Feighmer, 1972).

Pueden existir también una confusión en el reconocimiento de la temperatura externa (uso de vestidos gruesos en verano y ligeros en invierno) y una confusión en el reconocimiento y gestión de los estímulos sexuales (alternancia de períodos

de rechazo total con períodos de promiscuidad).

La frecuencia de esta patología se halla en continuo aumento en los últimos años. Pero a pesar de eso, para situar la anorexia nerviosa a lo largo de la historia, tenemos que retroceder a la Edad Media donde se puede hablar de una verdadera “epidemia” de la que fue definida como “Santa anorexia”. Analizaremos este periodo histórico tomando como ejemplo a la más representativa de las santas anoréxicas, Santa Catalina de Siena, para poder trazar posteriormente algunas analogías con la formas actuales de la anorexia.

## **EL CUERPO DE LA MUJER EN LA EDAD MEDIA**

En la Edad Media el control, las renunciaciones y las torturas del propio cuerpo se concebían no tanto como un rechazo de lo físico, sino más bien como una vía de acceso a lo divino. Progresivamente las manifestaciones de renuncia al propio cuerpo se convirtieron en una peculiaridad de las mujeres, lo cual ha hecho que este periodo haya sido denominado como el de las “Santas Anoréxicas”.

Intentaremos comprender el por qué poniendo de relieve algunos puntos básicos:

1) Se consideraba al cuerpo de la mujer como la expresión de atributos sexuales, como las formas redondeadas y el seno prominente, que se creía que eran autoproducidas, mientras el cuerpo masculino estaba “forjado por Dios” desde el exterior. Esta idea se veía confirmada por la extrema predisposición del cuerpo de la mujer a manifestar cambios, tanto en el sentido de clausura o limitación, como la facilidad al trance, a la levitación, a los bloques catatónicos y a la evidente rápida predisposición al ascetismo y a la anorexia, como a la apertura o producción espontánea, como la lactancia de leche y la exudación de sangre, los estigmas (presentes al menos en 15 santas medievales, que sangraban en el momento de tomar la eucaristía, mientras que en los santos sólo se han dado en la historia en San Francisco y en el Padre Pío) y finalmente la conservación del cuerpo después de la muerte.

Deteniéndonos específicamente en la anorexia, como característica de santidad, ésta aparece en el 1200 y termina en el 1500 cuando Santa Teresa de Avila (santa española que participó con fuerza física y espiritual en la reforma católica, revigorizando las órdenes religiosas) comenzó a usar constantemente una rama de olivo para inducirse el vómito y vaciar totalmente el estómago para así poder acoger dignamente la hostia consagrada que se convirtió en su única fuente de sustento. En una investigación realizada por Rudolph Bell sobre 170 santas italianas del Medievo, la mitad presentaba anorexia.

2) También se censuraban las vivencias y las expresiones emocionales. Las santas medievales consideraban sus emociones como experiencias místicas derivadas del encuentro con Dios. Margarita de Faenza, Angela de Foligno, Margarita de Oingt se comparaban a un delgado arbusto con cinco ramas que representaban los

cinco sentidos que podían florecer sólo gracias a un arroyo (que representaba a Cristo) que despertaba toda su sensorialidad, incluida la sexual.

3) La experiencia mística era vivida y descrita de diferente manera según fueran mujeres u hombres. Los místicos como Bernardo de Clairvaux (autor del “Sermón sobre el cuerpo de Cristo”) describen la experiencia mística de forma personal y teórica usando como lengua el latín, a cuyo estudio sólo los eclesiásticos varones tenían acceso, las santas como Beatriz de Nazaret y Gertrudis de Deft, narran en el dialecto vernáculo “mi experiencia mística” rica de detalles autoreferidos y expresiones en un lenguaje que evidencia la experiencia y la implicación personal. De este modo, el sufrimiento personal adquiriría un significado distinto según fuera autoinflingido por hombres o mujeres. Un clamoroso ejemplo es el famoso milagro de Valburga del siglo IX relatado constantemente como leyenda popular en la Edad Media. Un hombre y una mujer que sufrían un trastorno de alimentación con anorexia y vómitos son llevados delante de la santa reliquia: al hombre se le aparecen tres monjas que lo curan de su reluctancia por la comida ofreciéndole pacientemente un cáliz y consiguiendo amorosamente que vuelva a alimentarse. En cambio, para la mujer el milagro consiste en perseverar en su anorexia curándose de la voracidad de las crisis bulímicas y resistiendo divinamente a la comida manteniéndose en abstinencia ¡por casi tres años!, después de los cuales le sobrevino la muerte y la ascensión al cielo.

4) La anorexia y otras manifestaciones corporales se convierten en la Edad Media en la única posibilidad para la mujer de afirmar su propio poder en el rol social, místico-religioso. La mujer estaba destinada a casarse con quien le era designado por la familia de origen o bien a entrar en convento de clausura. En este caso no podía estudiar y no adquiriría el poder eclesiástico de hablar en público y de predicar. Sólo una renuncia espectacular al propio cuerpo permite a la mujer favorecer, transmitir y vivir las sensaciones y deseos como manifestaciones de fe y expresión religiosa. La “Santa Anoréxica” encuentra de este modo su rol de poder místico a través de la posibilidad de convencer de su santidad ante los confesores espirituales a los cuales era confiada y a quienes no cedía, como no había cedido a la familia, cuando le pedían curarse volviendo a comer. La anorexia, junto con la flagelación y otros sufrimientos corporales, se convertía en un medio para elevar a la santidad a la mujer, cuyo cuerpo era símbolo de lujuria, debilidad e irracionalidad.

## **SANTA CATALINA DE SIENA**

En este contexto de vida medieval se enmarca la historia de Santa Catalina. Describiremos algunas fases importantes entre las muchas significativas, y a continuación expondremos algunas observaciones útiles para comprender mejor las analogías con la problemática de las anoréxicas actuales.

Catalina nació en el 1347 en el seno de una familia numerosa (su madre, Lapa, tuvo 25 embarazos, de los cuales la mitad llevados a término) de Jacopo Benincasa,

tintorero.

La madre, mujer de carácter muy decidido y práctico, atea, de gran fuerza física (murió cerca de los 100 años) tuvo siempre con Catalina una relación muy competitiva e intrusiva. El vínculo intenso con Catalina se debía al hecho de que fue la única hija que amamantó, después de que su hermana gemela murió enseguida después del parto. Catalina acepta muy pronto un reto que durará toda su vida, con el deseo de ser comprendida y confirmada por la madre en sus decisiones: “He deseado tantísimo verme madre verdadera no sólo de mi cuerpo sino también de mi alma. Pienso que si vos amaséis mi alma más que mi cuerpo, cualquier ternura exagerada en vos desaparecería y no sufriríais tanto de ser privada de mi presencia corporal. Bien al contrario, hallaríais consuelo, puesto que, pensando que se trata del honor de Dios, estaríais dispuesta a soportar esta pena.”

A los siete años, después de la visión de Cristo, mientras volvía a casa después de haber visitado a la Hermana Bonaventura “esposa infeliz de un rico tintorero tosco y brutal” (Uboldi, 1995) decide “quitar a esta carne cualquier otra carne, en la medida de lo posible”. Ante la insistencia de la madre de que coma inicia a tirar a escondidas la carne debajo de la mesa. Como sostiene Bell (1987), esta conflictualidad con la madre indica cómo “Catalina, a pesar de ser una niña todavía, empieza a desarrollar la capacidad de alcanzar la propia fuerza interior sólo a partir de su personal relación con Dios” (p. 44).

A todo esto Catalina continuaba esperando, en vano, que la madre, Lapa, le demostrase confianza y una comprensión hacia esta “decisión” religiosa que, a pesar de ello, no era considerada ni en lo más mínimo.

A los 12 años se da la enésima intensa discusión entre Catalina y Lapa que la prepara para la presentación en sociedad. Con la ayuda de su Hermana Bonaventura, a la cual Catalina tiene mucho cariño, consigue que se lave la cara y maquille y que se tinte y rice sus cabellos rubios.

Catalina se debate entre ser una buena hija y hermana o rebelarse. Finge, como después contará, aceptar, conservando a escondidas en su interior sus votos y su proyecto de virginidad, a partir de los cuales organizó su adolescencia. A los 15 años se da un cambio significativo. La hermana Bonventura muere de parto; Lapa, que como siempre se ocupa de la gestión de la familia, discute abiertamente la posibilidad de que Catalina se case con el viudo de la hermana que, como rico tintorero, podía garantizar la economía de toda la familia Benincasa.

El conflicto llega a ser extremadamente intenso, agravado por los sentimientos de culpa por la muerte de la hermana Nanna, un año más pequeña, por lo cual vuelve a ser propuesta para convertirse en la “sustituta” de Bonaventura. Es en estas circunstancias donde se da lo que actualmente se definiría como “descompensación anoréxica”. “Reforzada por el pacto personal con Dios, Catalina entabla una batalla con la familia” (Bell, 1987, p. 50).

Perdió la mitad de peso y se opuso a las insistencias de Lapa con un ayuno que

confirma su dedicación a Dios y la renuncia a su propia “corporeidad”. Ni la intervención de Don Tommaso della Fonte, párroco confesor al cual los padres la enviaron (se puede observar la analogía con el envío al psiquiatra en la actualidad) consigue hacer desistir a Catalina.

Ante las órdenes en nombre de Dios de comer al menos una vez al día de Don Tommaso, Catalina comienza a vomitar ante cualquier intento: “Dios hace que no coma para corregir el vicio de la gula. Rezo para que me haga comer otra vez pero ésta es Su voluntad para conseguir mi expiación”.

Don Tommaso no sabe si definirla como santa o loca. La duda de que se trate de una posesión demoníaca se alimenta del hecho que junto con el impresionante adelgazamiento se da una hiperactividad y una gran fuerza física y mental que permite continuar a Catalina en su determinación: “Os he dado suficientes explicaciones de las razones que me guían, para que las podáis comprender, pero por respeto hacia vosotros, no he hablado todavía. Pero hoy romperé mi silencio y quiero abriros mi corazón y declararos sin miedo a ser desmentida que he tomado una decisión. No es algo que haya decidido ayer, es una decisión que he respetado hasta el momento presente sin cesiones ni arrepentimientos...”

En la actualidad sería más fácil volver blanda una piedra que quitarme de la cabeza esta decisión. Perderéis vuestro tiempo si pretendéis combatirla. Os aconsejo olvidaros de vuestros manejos por lo que respecta a mi matrimonio terrenal, porque sobre este punto no obtendréis de mí obediencia ninguna, ya que es a Dios a quien debo obediencia, no a los hombres. Si luego consentís que continúe viviendo en esta casa, haced de mí vuestra humilde sierva, y yo seré feliz de poder daros lo mejor de mí. Pero, si en cambio, me alejáis de vosotros debido a mi voto, no cambiaré por eso mi decisión. Mi Esposo es suficientemente rico y poderoso como para que no padezca ninguna privación, para darme todo lo que necesita mi persona”.

Después de dos años manteniendo este pulso con la familia, es su padre Jacopo quien se posiciona (por primera vez se define oponiéndose a su mujer siempre dominante en la familia). “Cumple libremente tu voto, y haz que el Espíritu Santo te ayude... Que nadie tormente más a nuestra querida hija. Que sirva en paz a su Esposo”.

Catalina se recluye en su pequeña celda y empieza a flagelarse, no se alimenta ni duerme entre la rabia y la desesperación de la madre que, aunque sin poder oponerse ya, continúa mostrando incomprensión. Incluso los amigos de la familia, influenciados por Lapa, la consideran loca o endemoniada teniendo serias dudas sobre su identidad.

Catalina continúa su batalla para ser reconocida dentro de su familia. En lugar de recluirse en el convento, consigue, a pesar de su joven edad, ingresar en la orden de las “Mantellate”. Es una orden militante por lo que puede dedicarse a asistir a enfermos en el Hospital de Santa María della Scala, y continuar viviendo en casa. Lo consigue con la estratagema de “la muerte aparente” haciendo que los priores

dominicanos le prometan poder ingresar sobre el lecho de muerte. Al día siguiente “se cura milagrosamente”.

A los 21 años Catalina pierde a su padre, Jacopo, que muere asistido constantemente por su hija. Incluso las emociones de dolor son vividas como externas a sí misma y como señal de Dios: “Jacopo Benincasa entrega su alma a Dios. En el mismo instante, al finalizar la plegaria de Catalina, un intenso dolor, como una herida, le atraviesa el costado, en el mismo lugar donde Cristo fue atravesado por la lanza del centurión romano. Catalina está tan convencida de que su padre está en gloria en los Cielos, que recibe a los visitantes a la vela fúnebre con una sonrisa en los labios, en contraste con los llantos y lamentos de los demás” (Uboldi, 1995). Después de la muerte de Jacopo, la familia Benincasa se disgrega y se ve obligada a marcharse de Siena. Catalina amplía su campo de batalla y se dedica a la Iglesia. Su objetivo es el retorno del Papa Gregorio XI de Aviñón a Roma. Sigue pues preocupándose “tanto de la salvación de los hombres que no tiene tiempo de pensar en sí misma o a tomar ningún alimento terrenal”.

Toma todos los días la eucaristía manteniéndose en ayunas: “Para no provocar ningún escándalo tomaba a veces un poco de ensalada o de legumbres crudas y fruta y los masticaba, para después escupirlos enseguida. Y si por casualidad llegaba a tragar ni que fuera un minúsculo trozo, el estómago no la dejaba tranquila hasta que lo había devuelto: y aquellos vómitos le daban tanta pena que hacían que se le inflara la cara: En esos casos se retiraba con una amiga suya y se hurgaba la garganta con una ramita de hinojo o con una pluma de oca, hasta que no se desembarazara de cuanto había tragado. Y a esto llamaba “hacer justicia”. “Vamos a hacer justicia con esta miserable pecadora -solía decir”.

Defendió al nuevo papa Urbano V contra el cisma aviñonense de Clemente VII siempre con una militancia enérgica y decidida contra quien se opusiera. Más penitencia y más ayunos son su fuerza y sus maneras de hacer valer sus razones. Pero continúan existiendo resistencias a entender y compartir su lucha. El regreso y las actitudes del Papa y de los otros eclesiásticos constituyen para ella alternativamente un motivo de esperanza y fuente de profunda desilusión. Aumentan en Catalina las dudas y con ellas el ayuno que se hace cada vez más intenso. Decide dejar de comer implorando que se le conceda poder “cargar sobre sus espaldas los errores y los males de la Iglesia y de aquellos que la gobiernan” y a la vez se declara culpable por no haber sabido responder siempre como debía a lo que Cristo esperaba de ella.

La idea de haber sido decepcionada por los demás y haber ella misma decepcionado a Dios aumenta sus conflictos y acentúa su anorexia. Durante tres meses se recluye en su celda alimentándose sólo de un poco de agua con la duda de que su vida pueda haber estado rodeada por una serie de errores. Duda con la que muere (el 29 de abril de 1380 a los 33 años) en la incertidumbre sobre el sentido de su sacrificio. Tanto es así que, en presencia de su madre, Lapa, venida desde Siena a Roma para reconocerla y bendecirla, Catalina se dirige a Dios diciendo: “Tú me

llamas, oh Señor, para que acuda a tu presencia. Y yo vengo, no por mérito mío, sino sólo por tu misericordia.

## CONCLUSIONES

La “Santa Anorexia” ha sido interpretada como una reacción a la estructura social y patriarcal del catolicismo medieval. Por lo que respecta a Santa Catalina, la decisión se da en la adolescencia, es decir, en un período de oposición a una familia que parece repetir los estereotipos actuales. Una figura materna fuerte, competitiva que quiere guiarla hacia un rol social muy apreciado. Un padre periférico que deja que la madre mande y por eso resulta decepcionante para la hija. La santa anorexia se convierte en la única manera para conseguir la autonomía y escapar de un destino dictado por la familia y la sociedad.

Pero para alcanzar este objetivo es necesario invertir todas las fuerzas y no pensar en nada más (ni tan siquiera en uno mismo) durante la propia vida.

Sin embargo, permanece el deseo de ser reconocida en esta rebelión. Así fue también para Catalina: siempre esperando, esperando ser confirmada y reconocida pero sin llegar a serlo nunca del todo: siempre en lucha para hacerse comprender oscilando entre ilusiones y desilusiones. De sus dudas constantes saca la fuerza y perseverancia necesarias para continuar su imperativa misión religiosa. Evita posibles críticas al no confrontarse con los demás, tan sólo con Dios. Solamente Dios no la decepcionará y sólo con Él deja fluir las emociones más intensas. Pero después, es Él quien le pone no pocas “pruebas”, la garantía de que nunca la desengañará ni abandonará. Es en este proceso donde se inserta la necesidad constante de control total sobre su cuerpo. Ceder a la comida es como ceder al pecado, decepcionar a Dios, perder todo su poder, ganado con esfuerzo, anular el sentido de la identidad adquirido mediante la oposición a las reglas familiares. Poco importa entonces si uno no se siente comprendido (tanto en la Edad Media como en nuestros días). La incompreensión se convierte en el impulso para proseguir. El desafío continuo, una manera de confirmar su propio sentido de identidad. De este modo, Catalina conquista la más apreciada santidad, el título de Doctora de la Iglesia, de Patrona de Italia y de Europa.

Pero el período de las santas anoréxicas tiene una duración breve. A partir del siglo XVI, la Iglesia no tolera el ascetismo y las anoréxicas son etiquetadas de brujas y enviadas a la hoguera.

En 1686, Richard Morton describe un primer caso de anorexia en la *Phthisiologia: or a Treatise of Consumptions*. La revolución de los roles y la búsqueda de una identidad social provoca actitudes anoréxicas en las mujeres, especialmente en las de rango social más relevante. Boglieri, experto en fisiología médica y catedrático de teoría médica en la Università “La Sapienza” de Roma, a inicios del siglo XVIII habla de la inapetencia en relación con la comida que se presenta en mujeres jóvenes enamoradizas y contrariadas por sus familias. El

tratamiento que propone consiste en promocionar la cura espontánea del paciente con la ayuda de un “médico que tenga facilidad de palabra y sea maestro en el arte de la persuasión” (¡piénsese que en la actualidad se tiende a volver a una concepción organicista y a las terapias bioquímicas!).

En 1864 Gull acuña el término de “anorexia nervosa”. En la actualidad, la anorexia se presenta en las enseñanzas medias superiores con una incidencia de 1/200 de casos; en las escuelas de baile, las estadísticas hablan de dos casos de anorexia por cada 10 participantes. Las estadísticas se refieren también al pronóstico. A los 10 años de inicio, el 7 % de las anoréxicas muere, aproximadamente el 23 % se cura, y el 70 % restante se cronifica en los trastornos alimentarios (síndrome de la gordura-delgadez). Ni siquiera los confesores parece que puedan hacer mucho por sus “hijas espirituales”; los psiquiatras bioquímicos intentan en vano encontrar remedios farmacológicos a algo que aún para ellos resulta misterioso.

Historias como la de Santa Catalina pueden ayudar a entender a quien todavía está buscando su propia identidad y que a diferencia de las santas anoréxicas, aún evita de enfrentarse con la realidad por miedo a equivocarse.

---

*Algunos autores hablan de «santa anorexia» refiriéndose a los ayunos de las mujeres ascéticas del Medioevo. Este artículo pasa revista al contexto histórico, social, religioso y familiar en el que se desarrolló el cuadro anoréxico de Catalina de Siena*  
Palabras clave: anorexia, ayuno, Edad Media, Catalina de Siena, contexto socio-histórico

Traducción: Empar Torres i Aixalà

### Referencias bibliográficas:

- BELL, R. (1987). *La santa anoressia*. Bari: Laterza.  
UBOLDI, R. (1995). *Catalina di Siena*. Siena: Ed. Camunia.  
WALKER BYNUM, C. (1989). The female body and religious practise in the later middle ages. In M. Feher (Ed.), *Fragments for a history of the human body. Part I*. Massachusetts: MIT Press.